



REVISTA
DE LA VAGANCIA
EN CUBA

No. 3

Se botó el guarapo

† Barvario Habanero †

(una modesta clasificación)

por Optimista Taladro

comepinga de las mil y una antropologías.

A este comepinga habría que tirarle por la cara la más gruesa edición de un tomo de *Obras Completas* de Lévi-Strauss. Hasta desfigurársela. De manera tal que quedara “irreconocible”, para tranquilidad y felicidad de todos, incluso del comepinga mismo. Hagámosle el honor de decirle: “Dios te confunda, larva de antropólogo”.

Este bruto, que no carece de interés desde un punto de vista exclusivamente antropológico que lo define como nuestro objeto de atención, siempre está tan ocupado en las más inextricables antropologías que han llegado aquí y que aquí se hacen cada vez más inextricables, que ya no es capaz de hablar de manera clara y coherente. Cuanto más intenso y rastrero es su asedio a las antropologías, mayor es la oscuridad de su gramática y de sus extraños enunciados. Sin embargo, algo monstruoso se ha formado en el comepinga de las mil y una antropologías, una vanidad que encuentra sus certezas en lo crecido del *curriculum*, pues –si no lo habíamos notado, en cierto momento se hará evidente–, este comepinga es además un “comepinga de lustroso *curriculum*” que ha acabado por verse a sí mismo como lo más pulido de la vanguardia intelectual de su generación; la cual, por lo demás, es prácticamente inexistente.

Pero el motivo fundamental por el que este comepinga debe recibir un Levi Strauss en su cara, es el siguiente: el bruto de los mil cursos tiene el presuntuoso descaro, la solemne idiotez inigualable de insinuar o incluso, en determinadas situaciones, sostener, que “la literatura no es seria”, que es importante solo como expediente de una clínica óptica que se visita por condescendencia. ¡La literatura no es seria! Desde luego no lo es, en el sentido del comepinga, gracias a Rabelais, Cervantes, Swift, Sterne y otros cuantos autores poco serios...

El comepinga cuyo *curriculum* nos abruma como un mosquero, que corre siempre para no llegar tarde a su curso y que no se ha leído ni se leerá El rojo y el negro, se convierte al cabo de un impreciso tiempo en un comepinga *cazabecas*. Y se va para dejar atrás risa, mucha risa que siempre provocó a quienes lo despreciaban alegremente.

Conozco casos de una curiosa fascinación por las tiendas de ropa reciclada. Se trata, en general, de amigos que han adquirido en los últimos años una notable competencia en lo que llamaríamos huroneo de reciclada. Los he acompañado alguna vez, tirado por mi curiosidad de buscón y por las ganas de encontrar entre la mierda “un buen jean” que permaneciera oculto a los ojos saltones del pueblo. Soy testigo aturdido de cómo han desarrollado acertadísimas estrategias. Lo he visto todo y puedo decir que son como hurones en celo capaces de encontrar en lo hondo de las montoneras cualquier pieza de sorprendente valor.

Pero huronear en recicladas no es nada fácil, ni basta con sentir, de forma gratuita, derivada, una fascinación aún no merecida. Si fuera fácil, yo mismo huronearía. Pero no me siento a la altura de tanto. Pues la cosa es peligrosísima, si tomamos en cuenta la enorme cantidad de enfermedades de piel que nos amenazan en esos locales extraños, que son como pequeños almacenes, como de tétrica “Casa Comisionista”, pero con la gritería de unos afortunados hallazgos. Una vez, cuando estuve como a punto de huronear, sentí que debía evitar todo contacto entre mi piel y la pieza de interés. Fui consecuente hasta el absurdo, pues mi novia, como toda novia hurona, insistía con todas sus mañas en que me relajara, que hiciera contacto, en fin, que huroneara tranquilamente, a lo cual yo me negué, oponiendo toda la resistencia que mi carcelero sentido de la higiene aconsejaba.

Ese era yo. Los otros, esos amigos de los que hablo, huroneaban de manera despiadada, feliz. “Estos personajes –pensé– al parecer son inmunes a todo; si quisieran, ofenderían a un dermatólogo. Y ostentan un swing temerario que los protege de todo. El swing es una cosa muy rara”. De pronto, el tiempo había pasado y yo no había encontrado nada. Aunque al menos sentía alivio, al comprobar que no tenía ardor, picazón, ni nada de qué preocuparme. A pocos metros de mí, todos mostraban sus espléndidas piezas con orgullo fiestero. Habían huroneado por más de una hora, se habían probado treinta piezas distintas, algunas de las cuales se habían doblado sobre el cuello resudado y no tenían ni un solo poro irritado.

Estos extraordinarios hurones basan la eficacia de sus movidas en el

dominio completo de habilidades, tales como determinar con innoble rapidez dónde podría estar lo mejor; afectar una absoluta indiferencia por la pieza que se decide examinar en alto, más atentamente, como a punto de separarse; encarar a los siempre astutos encargados de la tienda para arrancarles un precio; abrir bien los codos para marcar territorio o desorientar, mediante falsas señales, a otros hurones que han entrado en el montañoso ropaje como en una poceta de la suerte... Y mientras tanto, hay que sacarse el ábaco del corazón, para llevárselo a la cabeza. Sería un grave error subestimar lo crecido de la cuenta, pues “lo máximo se gasta incomprensiblemente”. Un cándido invitador, un muchachón complaciente que nunca antes hubiera caído en esas montoneras, esa infinidad de percheros revueltos y esos vaporosos probadores, consintiendo en todo a su novia hurona, cuya intensidad no deja de sorprenderlo, suele sentirse golpeado por la cuenta. Su orgullo de gastador de otras esferas, camino a la reciclada, había activado en él inconfesables menosprecios, aunque bien había saboreado las ventajas evidentes de “una bonita invitación en moneda nacional”. Sin embargo, al ser golpeado siente que él mismo ha sido huroneado, que lo mejor sería mantenerse alejado de todo eso.

Pero los amigos ya saben que el gasto de reciclada es algo serio y no pocas veces los ha echo sudar sobre el abismo. Cargados de bultos al final del día se ponen reflexivos, como si hubieran pasado una noche en la Terminal de Ómnibus. Hablan entonces de las volteretas del azar, de la procedencia extraña de toda esa ropa, de la rotundidad de las estafas, del corrosivo manejo de las tenderas, de la idea de “second hand”, de qué bien estaría “New is horrible” como divisa para una Reciclada... Y mientras hablan, tengo la sensación de que hubiera debido huronear yo también, correr riesgos, merecer unos nuevos pantalones. ¿Por qué no habría yo de encontrar lo que tal vez un joven newyorker lanzó como caritativa carnada a estos grandísimos hurones?

Huronear en Recicladas

Por Optimista Taladro





Fotos de Juan Pablo Estrada

camagüeyano de oficio. Uno de los pocos fotógrafos de Cuba a quienes no se le aplicaría la greguería de Ramón Gómez de la Serna: "el ideal del joven aspirante a fotógrafo es comprarse la mejor cámara para hacer fotografías de miserables". Nuestro camagüeyano no hace de la miseria otra vaquita lechera.

Es vegetariano. No encontró otra solución para el problema de la carne.
Estudia en el ISA. Se aburre como un candado en ese pantano de las artes.





Viñetas (selección)

Por Arsenio Rodríguez Peterssen

1

2

3

4

5

6

7

Juego de sangre

Una intelectual puede firmar una sentencia de muerte por fusilamiento, escrita correctamente según la gramática de la lengua en que se expresa, rimada o no, en verso o en prosa. Pero, ¿qué sucedería con el lector del supuesto fallo? Al ver la firma no sabrá distinguir si se trata de un gesto cercano a lo artístico o lo jurídico. Se preguntaría –nuestro hipotético lector– si la firma de la persona es para acuñar la validez de lo escrito desde lo jurídico, desde lo estético o desde ambos saberes. O si solo se trata de dejar claro la autoría del veredicto y, a la vez, si dicho veredicto pertenece al reino de la ficción o no.

8

9

Pensamientos

El policía no supo cómo llegó a su cabeza aquella canción mientras esposaba al detenido, era la segunda vez que le sucedía en medio del trabajo esa extraña situación. Solo tenía que sacar sus esposas y ensegui-da llegaba la música: *Porque tú eres la reina de mi corazón*. . .

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

f) el pie forzado para abrir una investigación policial. . .

101

102

103

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

142

143

144

145

146

147

148

149

150

151

152

153

154

155

156

157

158

159

160

161

162

163

164

165

166

167

168

169

170

171

172

173

174

175

176

177

178

179

180

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

201

202

203

204

205

206

207

208

209

210

211

212

213

214

215

216

217

218

219

220

221

222

223

224

225

226

227

228

229

230

231

232

233

234

235

236

237

238

239

240

241

242

243

244

245

246

247

248

249

250

251

252

253

254

255

256

257

258

259

260

261

262

263

264

265

266

267

268

269

270

271

272

273

274

275

276

277

278

279

280

281

282

283

284

285

286

287

288

289

290

291

292

293

294

295

296

297

298

299

300

301

302

303

304

305

306

307

308

309

310

311

312

313

314

315

316

317

318

319

320

321

322

323

324

325

Acciones de transición

Demostrar que en algún hecho importante de la Historia nacional estuvo un carpintero de apellido Moosbrugger para perturbar la razón de nuestros héroes. Importar mormones. Guardar un minuto de silencio en el parlamento en honor a John Kennedy Toole. Definir correctamente qué es un medio y qué es un fin.

"¡....cine, cine! ¡Cine iraní en el río!"

En la conferencia impartida por el cineasta persa, algunos críticos se mostraron como gambusinos excitados ante la posibilidad de encontrar fortuna. Padecían la fiebre del cine iraní. En frenesí epistemológico comenzaron a cribar la filmografía del artista con preguntas sobre la dictadura del signifi-cante, caminos rectos y sinuosos, alegóricos a la vida, nichos temáticos concéntricos y elementos de la mística sufi.

Inmortalidad

Una noche antes de morir aquel hombre que había sido olvidado por todos escogió un epitafio que lo haría ser recordado por muchos: *La amnesia está en las reglas del juego.*

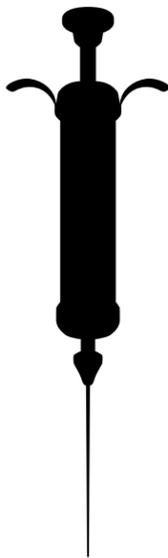
Las edades de la literatura I (email enviado por un lector desconocido a varias editoriales del país)
Estoy harto de las antologías de jóvenes poetas, jóvenes narradores, jóvenes ensayistas, jóvenes trovadores, jóvenes taxidermistas, jóvenes dramaturgos, jóvenes electricistas, jóvenes críticos, jóvenes numismáticos, entre otros. Resulta decepcionante ver en ocasiones como el ingenio es sacrificado en favor de una fecha de nacimiento. Los que hacen esa clase de compilaciones deberían dedicarse a vender frutas y vegetales. –Mire, estos mangos están fuera de temporada, le aconsejo aquellos tomates, ayer fue la cosecha–.

Fractura

El mejor colombófilo del pueblo golpea sistemáticamente a su mujer. Siempre presta sus palomas para los mítines contra la violencia.

Aniversario

Eugène Langlois, coleccionista de cuchillos y ex Tonton Macoute, vive en la parroquia de St. Bernard donde es dueño de una barbería. Todos los catorce de abril le inflige una herida pequeña al cliente número siete que pide servicio de afeitado, ágilmente, finge que es un error, pide disculpas y en medio del desorden recolecta la sangre para después verterla en una añeja botella de ron.



Un personaje cioranezco

Por: Optimista Taladro, burguesito del Vedado, vulgar raquetero

Cioran

X era un personaje cioranezco, es decir, un personaje a quien cierta fascinación por Cioran, entre muchas otras cosas, caricaturizaba. X, al estilo del Maestro, llevaba una vida de insomnios y de una presuntuosa marginalidad que quería ser, con todo, auténtica. Porque X era marginal y le encantaba serlo, supuestamente. Le gustaba mostrarse feliz y orgullosamente marginal, aunque en realidad no fuese más que triste y desesperadamente marginal. Algo que cada vez se hacía más evidente, e incluso inquietante para sus amigos, que dedicaban tardes enteras, en ausencia de X, a reconstruir la monstruosa figura de su peculiar y jodida vida. Figura que terminaba reflejando posibilidades trágicas como el suicidio, la locura o el total y final aislamiento.

Pero, ¿qué clase de marginalidad era la suya? Aparte de “metafísica”, si hemos de atender a su relación con el Maestro –a quien no dejaba de citar con creciente desfachatez-, era una de otra clase. X vivía lejos del centro de la Habana, en una especie de pueblucho que nadie aborrecía más que él, tan horrible, tan ruidoso y ruinoso, que parecía que X, pobre diablo cautivo en ese espantoso lugar, había nacido allí como para padecer, y gozar, la gloria de ser un Maestro del Odio, título que, por otra parte, nadie le disputaría: tan grande era la ventaja que a todos llevaba el Sumo Jodido. Aquel pueblucho estaba como configurado por una red de parques en los que se asentaban cientos de bicicleteros y cagaban miles de gorriones, por lo que cada vez que Cioran junior planificaba encontrarse con los amigos del Café, en el Vedado que durante la mayor parte de la semana le era vedado, tenía que hacer un viaje que para él era una física tortura –aunque una aventura metafísica- y que empezaba con una interesante carrera de obstáculos. Al literario viajante,a cada paso que daba, se le ocurría un nuevo libro para su lista ideal del día -hay que decir que X padecía de furor canónico- y, por ese forcejeo interior de quien se encuentra ordenando algo de gran importancia que ha com-prometido su atención, tenía que abrir muy bien sus literarios ojos para no ser atropellado, literal y casi literariamente tratándose de su caso, por algún bicicletero raudo y belicoso, real, que aunque hubiese dormido bien su noche, a diferencia de X, el Gran Insomne, no se mostraría muy animado a andarse con tanto ojo. Así que es muy probable que durante esa travesía secreta hacia la terminal, su conciencia fluyera de la siguiente forma:

“El sobrino de Wittgetstein”, de Berhnhardt, cabrón mierda de subhumano sobre ruedas, ahhhh, izquierda...ja, pueblucho de mierda, gentuza despreciable...Pero no, en realidad me gustó más “El malogrado”, sí, esa cosa de la autenticidad a toda prueba, una autenticidad apostada en el núcleo mismo de lo humano, cabrón, ja, casi me tumba ese mierda, pues sí, eso de cómo un artista más fuerte destruye a uno más débil, lo aniquila...ja, cuántos tipejos de estos a toda velocidad, sí, al final todo es guerra de poéticas, algo salvaje en el fondo, mierda, ja, Gottfried Benn, otro, ahora que querrá ese subhumano para acabar de moverse ..., y de Celan? Ahh, “Obra escogida”, Magris, “El anillo de Clarise”, ya leí “Danubio”...

Y así probablemente seguía una lista de altos, altísimos quilates, hasta que lograba abordar alguna camioneta o nave de los vencidos, cacharrote en el cual el pueblo se apretujaba como podía y sorprendía con imágenes que a X no le parecían nada espléndidas (pues las imágenes visuales nada significaban para él; solo las palabras, el lenguaje verbal, provocaban el escarceo del sentido en su literaria cabeza). Pero ni siquiera en esas camionetas podía aventurarse todos los días, por lo que aceptaba con resignación su condición de habitante de la periferia, absorbido por una marginali-dad tanto geográfica como simbólica para el propio X.

Habría que hablar de otra clase de marginalidad, más profunda, más oscura, que llevaba el amigo. Si hemos de evocar el fantasma del Maestro, habría que atender a las actitudes fundamentales que asumía el presunto cínico X y que tenían mucho, demasiado, de cioranezco. Pues ese pequeño Cioran quería permanecer al margen de Todo, en una tentativa de evasión que parecía consistir en jugar a una gallinita ciega demasiado inteligente, alejada de Todo, en un tiempo en que la genealogía de los marginales o auto marginados, otras tantas gallinitas demasiado intelligen-tes, y siempre sospechosas, ya iba pareciendo agotada, lo cual le otorgaba a los últimos marginales, como él gustaba de presentarse, cierto prestigio deseado de auténticos personajes radicales (palabreja esta que en el grupo tenía una trayectoria fulgurante, rica en fatídicos y sorprendentes malentendidos).

X quería vivir al margen de la otra vida de los amigos, la vida de la ciudad, con sus fiestas y ruidosos eventos, de todo

Cancerbero

Por Arsenio Rodríguez Peterssen

I.El borrador

Reunidos en el jardín de las desdichas deciden quién es digno o no de la literatura. Aprueban o desaprueban la entrada a la Biblioteca, al espacio que presagia su condición de sobreviviente a una hecatombe mundial. Existen entre ellos cargos definidos, destacando el del cancerbero, figura con elípticos juicios de valor literario. Siempre dispuesto en el umbral de los comentarios. Nunca arriesga apostillas propias, te enviste como una fiera herida con un manojo de citas de los anaqueles. En su delirio, cree ser Apiano Pedro cartografiando la infinita institución de los libros. Piensa que solo su voz tiene el poder de amplificar el dominio total de las ubicaciones, las relaciones entre los textos del universo y los códigos que las facilitan.

Una espesa nube de polillas sostiene su cuerpo atrofiado por el polvo que despiden las estanterías. Ha estado toda su vida en la Biblioteca, por lo que evolucionó acorde al medio donde se encuentra. Solo es un par de ojos con manos conectadas a un libro en blanco. Cuando lee, el libro se llena con el contenido aprehendido y toma momentáneamente la forma de lo narrado, evitando así que los insectos devoren el cuaderno. Puede aparecer bajo cualquier representación, desde un hoplita misógino hasta una magdalena mojada en té. Nada, excepto sus ojos con manos, le pertenece. Todo lo que tiene es la Biblioteca. No es extraño que impida la entrada. Teme que se descubra que él es una suma de elementos ajenos, los cuales no le pertenecen con exclusividad.

Para evitar un destino trágico decidió quedarse en la recepción. Tiene un pacto. Él vigila que nadie entre en forma de lector o de escritor y permite que sus cofrades del jardín de las desdichas habiten la Biblioteca como los únicos lectores-escritores, siempre y cuando no invoquen un papel que lo aniquile. Teme de los que se aproximan, sabe que algún día una vieja sentencia revelará el camino de sus potenciales muertes. *Basta que un libro sea posible para que exista* es el laudo que lo paraliza, le pone los pelos de punta, porque declara a la escritura como un acto tautológico, pues no genera ningún libro que ya no existiera en el tiempo como posibilidad. No quiere que nadie conozca su secreto, vigila con celo el sitio donde se encuentra, prohibió a sus conocidos pronunciarlo. Debe vigilar dos frentes, la literatura lo amenaza. No hay nada que pueda hacer. Tiene prohibido destruir las obras porque sería suicidarse.

Se retuerce el cancerbero; en algún rincón de la tierra acontecen como posibilidad algunas de sus extinciones. Está en el crudo invierno norcoreano y su cuerpo es el de Ronald Reagan en Cowboy from Brooklyn. Unos soldados lo patean mientras pide arroz caliente. Grita «¡alquimia!» y recibe un golpe en el estómago que lo deja sin aliento. Escribe con su sangre en la nieve el nombre de un famoso rumano. Un soldado llama a un capitán y le muestra la caligrafía. Creen que es el nombre de un espía. Un fuerte culatazo propinado por un sargento le hace perder el conocimiento. Despierto no logra descifrar su nueva entidad. En las historias imaginadas está ese elemento indefinido. Resulta ser un pionero con ojeras, en la Crisis de Octubre, en uno de los tantos textos que lo vana representar. Su cuerpo esta vez es el de Alfred E. Neuman. Una pequeña nota al pie dice que sus padres lo pusieron a disposición de los milicianos para que declame en todas las unidades militares del país Mi Bandera de Bonifacio Byrne. Cae la noche y el niño sigue declamando. Mientras habla, sus brazos hacen gala de una gestualidad que no es por él deseada. Se golpea el pecho una y otra vez contra su voluntad. El público le aplaude. Son las dos de la mañana y un avión norteamericanovuela rasante sobre el campamento. Inevitablemente la velada se interrumpe y en medio de la confusión lo empujan y cae al piso. Lloro de rabia. Un policía lo ayuda a incorporarse mientras le promete

la victoria y un futuro seguro. Cuando se despiden, el policía le regala un papalote empinado. . . .

En perenne e incontrolable metamorfosis, el cancerbero presiente su fin. Teme por algunas formas menos hilarantes y sí mortales. Alguien puede situarlo en un pellón psiquiátrico, con una historia clínica en la cual se describa como un poeta joven de Azerbaiyán que tiene complejo de libro inconmensurable, con episodios graves de violencia. Se le prescribe terapia electro convulsiva. Entre cambio y cambio, trata de tomar un libro capaz de detener el espiral de permutaciones, evita aquellos que describan ejecuciones públicas o torturas medievales aplicadas a individuos poseídos. En el interior de la Biblioteca sus cómplices silban la marsellesa y leen sobre las danzas de la muerte, mientras él presiente que su cuerpo no será el espacio donde se da el orden de la literatura universal. Esa manía suya de jugar a ser los incisos de una enciclopedia china o beduina ya no le resulta placentera. En una isla se escribe sobre su naturaleza, sobresus costumbres y sobre su muerte. Una página en blanco, comienza a revelar una idea, un orden irrevocable.

II.La historia

Se reunían en el jardín de las desdichas para decidir quién era digno o no de la literatura, aprobaban o desaprobadan la entrada a la Biblioteca, al espacio que presagiaba su condición de sobreviviente a una hecatombe mundial. Existía entre ellos cargos definidos, destacando el del cancerbero, figura con elípticos juicios de valor literario. Siempre dispuesto en el umbral de los comentarios, nunca arriesgaba apostillas propias, te envestía como una fiera herida con un manojo de citas de los anaqueles. En su delirio creía ser Apiano Pedro cartografiando la infinita institución de los libros. Pensaba que solo su voz tenía el poder de amplificar el dominio total de las ubicaciones, las relaciones entre los textos del mundo y los códigos que las facilitan.

Una espesa nube de polillas sostenía su cuerpo atrofiado por el polvo que despiden las estanterías. Estuvo la mayor parte de su vida en la Biblioteca, por lo que evolucionó acorde al medio donde se encentraba. Fue un par de ojos con manos conectados a un libro en blanco. Cuando leía, el libro se llenaba con el contenido aprehendido y tomaba momentáneamente la forma de lo narrado, evitando así que los insectos devoraran el cuaderno. Podía aparecer bajo cualquier representación, desde un hoplita misógino hasta una magdalena mojada en té. Nada, excepto sus ojos con manos, le pertenecían, todo lo que tenía era de la Biblioteca. No es extraño que impidiera la entrada. Temía que se descubriera que es una suma de elementos ajenos de los que no podía apoderase con exclusividad.

No pudo evitar un destino trágico el día que tomo un libro donde se describía los últimos días de un intelectual francés que sufría afasia progresiva no fluente, enfermedad sin cura que deteriora las capacidades de leer, escribir y hablar coherentemente. El cancerbero, al tomar la vida de Eugène Lafontan, crítico literario parisino, entró en un callejón sin salida, en una larga noche donde no podía tomar otro libro porque no podría leerlo, ni transcribirlo al cuaderno en blanco. Ya no teme a los que se aproximan y no opone resistencia a los que desean entrar como escritores y lectores a la Biblioteca.

lo cual le llegaban, como sinsentidos de resaca, historias que en realidad no escuchaba. Quería permanecer al margen de las instituciones, de la cosa intelectual, donde mediocres escritores, artistas o “intelectuales”, dictaban conferencias, leían poemarios o montaban sus exposiciones como para dar cuenta de cuán mal iban las cosas. Quería vivir al margen de las pequeñas maniobras de los amigos, de esas para él insufribles noticias de publicaciones y conferencias que algunos se tomaban el trabajo de realizar.

Pero todo eso era falso, porque X también deseaba y hacía precisamente lo contrario. Es decir, hubiera querido, en realidad, tanto participar de toda esa vida de la cual se ausentaba como no participar. Hubiera querido, si se hubiese atrevido, publicar, decir, gritar, lo que siempre había entregado como aisladas posibilidades en su expresión oral. Y, de hecho, a veces insinuaba tímidamente que bajo ciertas condiciones, y las mencionaba como de pasada, publicaría. Pero, ¿qué había escrito X? ¿Es que X escribía?

Era la suya, como tantas otras, una marginalidad basada en relaciones falsas. Cioran, aquel rumano que vivió casi toda su vida en París y escribía aforismos sobre santos como telegramas a parientes, había publicado no poco y al parecer nunca se había arrogado el honor socrático de ser reivindicado por su dimensión oral. X, en cambio, se sentía lejos del talento del maestro, pero muy pagado de su cinismo. Como cínico, se mostraba como lo que era: un estéril exhibicionista (en definitiva andaba por toda la ciudad diciendo lo suyo) que se jactaba de leer como un obseso y de no tomarse en serio jamás la posibilidad de escribir. Porque él solo aspiraba a representar con dignidad su papel de temible lector. Y cuanto más se empequeñecía a sí mismo ante sus amigos con su cinismo, anulándose como posible autor, tanto más pretendía complacerse como lector. Autocomplacencia: eso era todo, y así, el exilio cioranezco continuaba.

Más sobre el Cioran habanero

Durante muchísimos años, la ecuación de la vida de X se hubiera podido plantear en los siguientes términos: insomnio, lectura obsesiva, caza obsesiva y alucinante de libros, conversaciones obsesivas con los amigos. Mucho había leído, por ejemplo, en los años de Universidad, que a su vez habían sido sus años de más duro insomnio. Pero el insomnio, si bien fue implacable, lo había tratado como a hijo pródigo: ¿a qué se debían, si no, tantos y tan preciados dones como el descubrimiento de un tal E. M. Cioran, su pasión (pronto apagada) por la Teoría literaria, las conversaciones hasta el amanecer con uno o dos personajes verdaderamente interesantes, a uno de los cuales el propio X consideraba “genial”, y, en fin, todo aquello que constituía la circunstancia original del Odio, el Cinismo y la Paranoia para él fundamentales en la ardua formación de su visión del mundo? No faltaron otros grandes descubrimientos, otros estremecimientos estelares que lo definieron. Y entonces llegaron, como Dioses de la guerra de diferentes mitologías reunidos por X en una sola avanzada, Borges el terrible, Bloom, Harold el borrador y Bernhard el destructor, los cuales compartían con Cioran el demoledor y otros dioses de semejante linaje, pero de variable posición estratégica, su oportuna influencia sobre la cabeza del insomne poseso.

En X se cruzaban, de forma absolutamente autoconsciente (y esto era de admirar), el afán cioranezco, la ironía borgeana, la perversidad bernhardeana, la tozudez canónica de Mr. Bloom y el desparpajo subversivo de una especie de IgnatiusReilly de pelambre mormonesca que se pasara el tiempo, no vendiendo salchichas, sino buscando y buscando libros con energía inapagable. De hecho, X ofrecía una imagen tan peculiar como la del divertido personaje de New Orleans, con su mochilón a la espalda y el desgreñe de siempre, moviéndose de un lugar a otro sin poder quedarse quieto ni un segundo.

Y estaban las librerías. No había una sola librería en el Vedado que X no frecuentara semanalmente, entre una cagada y otra que arriesgaba por la zona. Y todo para empantanarse, al final de cada recorrido, en el Jardín de las Desdichas, donde tenía que soportar las picaduras de toda clase de santanillas.



Microfonazo, sano intercambio entre nos... (Entrevista con Julio Llópiz-Casal.)

Raquel Cruz¹

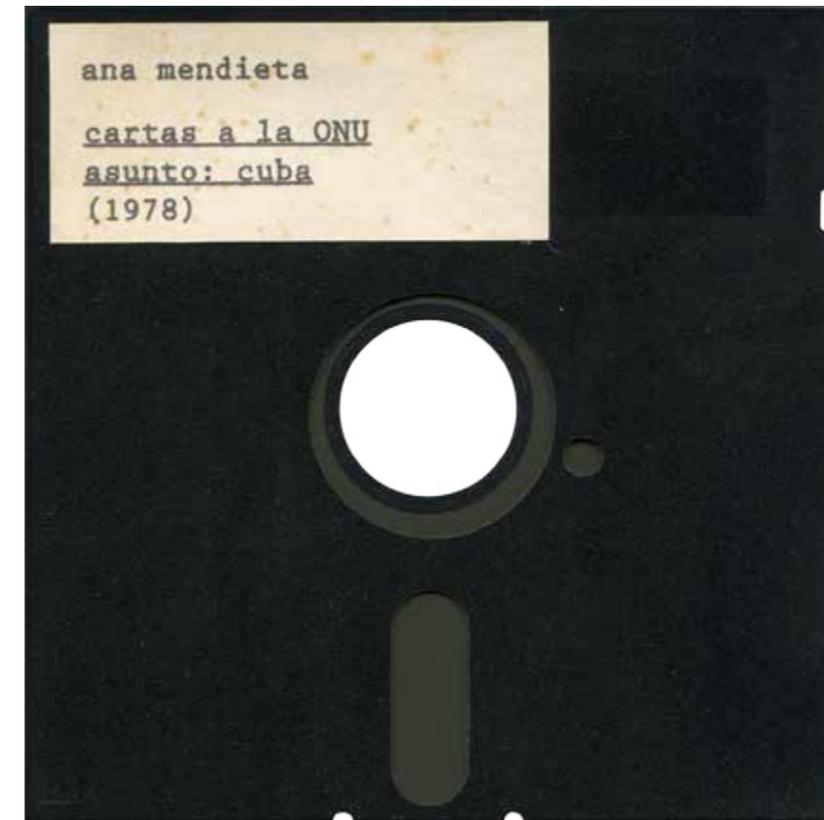
A mí me parece atrevido postular el sintagma Vanguardia local como título de una expo personal. ¿Y a ti?

También. Pero solo si se entiende la palabra Vanguardia de manera muy simplista. El vocablo en cuestión está inevitablemente ligado a la jerga del arte moderno pero antes viene de la jerga militar, del francés *avant-garde*, y designa a la parte más adelantada del ejército, la que compone la primera línea de avanzada en exploración y combate.

Vivimos en un país en el que los protagonistas de la vanguardia histórica terminaron dando a la cultura nacional una lección de disciplina, que contradijo su programa independientemente de sus aportes. Los puntos de referencia más sustanciosos en la cultura cubana, es decir: la Vanguardia como “primera línea de avanzada en exploración y combate”, son sensibilidades en cierto sentido *démodées*, contracorrientes, autónomas, delirantes... piensa en Casal, Rafael Blanco, Lezama, Acosta León, Reinaldo Arenas por ejemplo, y comprobarás que se trata en todos los casos de hombres excéntricos para sus épocas, que no procuraron puesto en las butacas sofisticadas de su generación y que trabajaron como a la intemperie, a expensas de “disparos y chuchazos del enemigo”. La revista Orígenes dio más señales de vida que *Revista de Avance* y en vez de haber estado mirando al último grito de la Moda, estaba mirando al pasado con la fe en brindar nuevos aires al contexto. No se trata de que fuera reaccionaria, conservadora, sino de que las pulsiones creativas auténticas son atemporales. Se puede leer a Sandro Botticelli y a Félix González-Torres en formas muy parecidas aunque parezcan alfa y omega. *Vanguardia local* es una creencia en que los artistas genuinos son los que han estado dispuestos a sacrificar al mundo con tal de lograr una imagen, cosa que, como es natural, nunca ha sido necesaria al menos para los artistas.

Esta entrevista se realizó para incluirla como palabras al plegable de la muestra personal Vanguardia local de Julio Llópiz-Casal (diciembre 2015).

Raquel Cruz, alias Carita y existe el rumor de que durante la crisis de octubre respondía al nombre de María (de la Caridad) Zambrano. Actualmente trabaja en un exhaustivo ensayo sobre la proporción de las ingles en Praxíteles.



Belleza de Flaubert

Del *Estupidario* (Sottisier), de *Bouvard y Pécuchet*.

Filosofía

Los perros son normalmente de dos colores opuestos, el uno claro y el otro tirando a oscuro, a fin de que estén donde estén de la casa pueda vérseles sobre los muebles, con cuyo color se los confundiría.

Bernardin de Saint-Pierre, *Armonías de la Naturaleza*

Belleza de Marat

Un miembro afirma haberle oído decir a Marat que para tener tranquilidad era preciso hacer rodar doscientas setenta mil cabezas. “Pues bien, sí –dijo Marat–, tal es mi opinión”, y al levantarse la asamblea entera, añadió: “Es algo atroz que esta gente hable de libertad de opinión y no quieran permitirme la mía”.

Louis Blanc, *Revolución francesa*

Bellezas de los hospitales

Los que se encuentran allí por afecciones de los órganos genitales son a la hora del reparto de alimentos menos bien tratados que los demás.

Bellezas del partido del orden

M. Mesnard, magistrado y traductor de Dante, se excusa en su prefacio por dedicarse a unos trabajos ligeros.

Belleza de la reacción

M. Degunzée, diputado, en junio de 1848, pide la deportación en masa de todos los periodistas.

Anécdotas

La duquesa de Angulema era tan buena que por la noche, en las Tullerías, sacaba a mear fuera a una perrita para que no despertase a nadie.

Conde Bassanville, *La Crónica de Paris*, 1840

Método

No hay filosofía sin el arte de despreciar las objeciones.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Lo que corona la gloria de los jesuitas

Los jesuitas han prestado grandes servicios a la literatura y a la instrucción pública. Pero la importación de los pavos reales es la coronación de su gloria.

Antoine de Saint-Gervais, *Los animales célebres*

El esfuerzo

Acabo de hacer rodar doscientas cabezas en Lyon: me prometo hacerlas rodar todos los días; las lágrimas de la alegría y de la virtud inundan mis párpados bajo el esfuerzo de una sagrada sensibilidad.

Fouchet, luego duque de Otranto

Medicina

La medicina admite que un muerto puede tener conciencia de lo que pasa a su alrededor durante un largo tiempo después del fallecimiento.

Ségoin, *Los misterios de la magia*

La tisis es tan contagiosa que un marido, tras haber besado a su mujer moribunda a causa de esta enfermedad, perdió todo el pelo del mentón en el que la enferma había posado sus labios, aunque su barba continuara creciendo abundantemente en torno al lugar depilado.

Daremberg, *Historia de las doctrinas médicas*

Alberto Magno asegura que si alguien fuera mordido por una persona que acabara de comer lentejas, moriría en el acto.

Madame de Gentlis, *La botánica histórica y literaria*

Estilo de los periódicos satíricos

Desde la Revolución de Julio, se calcula que 81.729 víctimas han sido clavadas a la cruz...de honor.

*Le Bridois*on, 1832

De *Citas tomadas de todo tipo de literatura*

Religión

La Santa Virgen

Según santa Brígida, la Santa Virgen conservó el prepucio de Jesucristo y lo legó al morir a san Juan Evange-lista. María de Agreda añade que la Santa Virgen y san José lo llevaban alternativamente en Egipto. Cuando la Virgen llevaba a Jesús, le daba el prepucio a san José y éste se lo devolvía cuando cogía a Jesús en sus brazos. Lenglet Dufresoy, *Tratado histórico y dogmático sobre las apariciones*



Quejestorio (selección)

Por Optimista Taladro

“Este país” es el sujeto de todo predicado, la apoyatura suprema para toda perversión del habla. Se dice: “el país ha hecho esto”, “el país sabe”, “el país se propone”, “el país celebra”, “el país rememora”, “el país condena”, como si fuera un dios de circo, un mero “organismo”, en un sentido burocrático. O bien algo hipócritamente jodido que se realiza en el tiempo por medio de un ocultamiento chapucero.

Cuando se dice: “este país está jodido” o, en significativa elipsis: “por eso este país está jodido”, se quiere decir: “el desastre que quiere ocultarse a sí mismo acaba de mostrarse en los nuevos matices de su chapucería de siempre; acaba de producirse uno de esos chisporroteos de lo obvio que buscan irritarnos”.

Pero, ¿qué es este país para su gente siempre entregada a la descripción de tan complicado desastre? Responder esta pregunta-reina es como destilar la totalidad de lo jodido.

Este país es una topografía del mal, una chismografía del mal, una cifra apocalíptica del mal, una insensata identificación de la meteorología y el mal, una crónica sin fin del desastre como juego del mal, una infamia total basada en el derretimiento dentro de la Historia (esa madrastra regañona), una banal y cotidiana maldición...; el golpe maestro de un Ahab, Gran Cabrón.

La obsesión por el país... Uno de sus síntomas evidéntísimos es asociarlo todo minuto a minuto con el país. Si se rompe un vaso... es el país. Si uno se ha torcido un pie... el país. Si se va el agua y la plomería se complica como un episodio inolvidable de la Épica del Desastre... el país. Si el calor hace chorrear el sudor hasta sacar del cuerpo todos los minerales... el país. Si el custodio niega la entrada... el país. Si nos pasamos dos horas en una parada... el país. Si se pierden las cervezas... el país. No hay nada que hacer, pues el país –de una doble y extraña condición: ente jodido y jodedor– ya ha hecho por todos. Todo aquí viene a reflejarse en un gran fresco del desastre, especie de fantasmagórico muro de las lamentaciones...

La obsesión por el país basa su persistencia en la imposibilidad de un cambio; su expresión, en los humores del cansancio.

Uno vendría a ser aquí un esperador irritado que ya no espera nada y, al mismo tiempo, qué no podría dejar de esperar, de vigilar el mar o el aire, precisando una nueva ondulación, una nueva figura desprendida, adelantada, de la estampida que vendrá...

Quintín Bandera

Me levanto de la cama. Escucho en la radio: “los esfuerzos que realiza el país...” Jubiloso martillazo... Una risa histérica me abre los ojos: he pasado de los escondrijos del sueño al bombardeo del país, a la orquestación de sus esfuerzos. Pienso en lo que me decía un amigo en medio de ese sueño: “siempre he considerado una gran injusticia lo que le hicieron a Quintín Bandera”.

Un país cuyos censos de cifras fantásticas parecen haber sido programados por guionistas guardacostas...

Un país que se excepcionaliza como el Supremo Quejestorio. No hay un cubano que no se haya excepcionalizado.

Un país en el que, para leer, hay que tener la serenidad sonriente de un Buda...

Un país de desesperados profesionales...

Un país de vagos esperanzados, echados...como alpinistas del sopor...

Un país en el que un asalto parece un saludo y un saludo un asalto...

Un país en el que son sacrificados incontables animales para que otros animales puedan partir...

Un país en cuyas farmacias no hay condones, aunque es raro no encontrar en ellas algo de café. Por ley de una previsible simetría compensatoria, habría que añadir: un país en cuyas cafeterías no hay café, aunque todos compramos condones en ellas...

Un país en el que toda la miseria es banal: a nadie importa el Gran Faltante...

Un país-culo dirigiéndose hacia un futuro-rapiñero-dervirgante...

Un país “Siempre-la-Perra-de-Alguien”...

Un país en el que todo es metafísica de mulatos...

Un país que será todo neón, todo Miami...

Un país en cuyos vulgares aunque oxigenantes bares, con sus provincianos e insufribles VIP, uno solemniza una cerveza con un callado Alea jacta est.

Un país cuya Historia se podría escribir en cuatro o cinco nombres al interior de una cajita de fósforos...

Un país cuya gerontocracia daría palmaditas en el hombro al Emperador Amarillo...

Un país cuyas casas de ancianos son como esos espacios de rehabilitación por fisioterapia: al cabo de un tiempo, todos vuelven a su puesto de trabajo...

Un país en el que siempre acecha la bestia-jefe, el inmortal instructor-cangrejo, el simio oracular: no hay quien no diga cómo hay que hacer las cosas...

Un país-horno al que decimos: nuestro clima jamás será preferible al clima que no es nuestro...

Un país solo soportable cuando baja la temperatura y es posible confundir a un cubano con un inglés...

Un país en el que, llegadas las tres de la tarde, todos somos parturientas arrepentidas...

Un país cuyos intelectuales (esas perras de Congreso) son capaces de adular a cualquiera... por una croqueta.

Un país en el que nadie lee, pero todos son críticos literarios...

Un país en el que todos organizaríamos alegremente un Holocausto de vecinos...

Un país en el que todo sucede como para llegar a una especie de chismografía central...

Un país en el que se ha dicho lo más profundo desde La Rochefoucauld: “no es fácil”...

Un país en el que plomeros, albañiles y electricistas, citan a Marx entre una cucharada y otra...

Un país en el que toda vida es vivida como una enfermedad venérea en tiempos de carnaval...

Un país en el que no hemos hecho otra cosa que broncear a un rinoceronte...

Un país en el que un intelectual es capaz de explicar la tremenda realidad de un éxodo por la falta de cierta lectura...

Un país en el que hasta las putas de callejón te discriminan, al saber que, alzando los brazos, sabrás defender tu bandera algún día...

**NOTA: CUAL-
QUIER SEME-
JANZA ENTRE
LA REALIDAD
Y LA FICCIÓN
SE DEBE A LA
DESFACHA-
TEZ DE LA PRI-**

**MERA Y NO A
LOS GOLPES DE
ACIERTO DE LA
SEGUNDA.**

Próximos títulos en la RVC:

En las garras de un buquenque
Siete momentos en un bar de La Habana
El cisma de los intelectuales del rábano rojo y los del rábano verde
Historias de aires acondicionados
Morir de un macetazo
Breve historia del reggaetón en Cuba
Riesgos
Croquis del intelectual orgánico No. 1
Croquis del intelectual orgánico No. 2
Resumen clínico
Plegaria
Mi vida en las Galias

Sobre los autores

Santiago Díaz M, Optimista Taladro. Sentencioso filodoxo entregado a profundas reflexiones sobre el “female sport”, la pasmadera y todo lo demás. Es autor de Notas para unos cuentos del cansancio.

Julio Llopiz-Casal... un gamo suelto. Seguramente el único “joven valor de la plástica” capaz de asociar en una misma idea a Lezama, Virgilio y Piero Manzoni. Su obra es de lo más auténtico de la isla: no excluye el reggaetón, la política ni lo que vino después de Warhol.

Arsenio Rodríguez Peterssen: el Monstruo. Conversador expansivo que ha alcanzado los chispazos de un auténtico maestro del grotesco. Es autor de gran número de viñetas de feroz contundencia.

Colaboran en este número Juan Pablo Estrada y Raquel Cruz

